

Las razones expuestas por el Lic. Reyes, fueron en concreto las siguientes: que "debería abrirse un paréntesis, y cubrir las llagas con el oropel de la confraternidad, puesto que, además del Presidente, vendrían otros encumbrados personajes, nacionales y extranjeros, ante quienes no era conveniente mostrar desunión y malestar político. Expresó, asimismo, que estaba seguro de que el gobernante de Nuevo León no se revestiría con las plumas del grajo, atribuyéndose exclusivamente á sí propio, el éxito de la recepción." Mucho se equivocaba en esto último el Lic. Reyes, pues desde la salutación al Presidente y comitiva, en la línea divisoria del Estado, ya Reyes comenzó á mencionarse á sí mismo, como iniciador único y factor principal del agazajo.

Aceptadas, como expuesto queda, las ideas del Sr. Lic. Reyes, con esa abnegación propia de los fronterizos dejaron al Gobernador la representación completa del Estado, y, lejos de negarle su concurso, se le agruparon en torno y le ayudaron con eficacia al mayor esplendor de la festividad.

Hubo también otro móvil, que mucho tuvo que ver con la decisión supracitada de los políticos desafectos; es á saber: dijose que acompañaría al Presidente la figura más simpática de la Frontera, el ilustre hijo de Nuevo León, Gral. D. Mariano Escobedo, el cual hacía más de veinte años que no pisaba la tierra de su cuna. Sus subordinados, señores Generales Treviño, Naranjo, Garza Ayala, y todos los militares de inferior graduación, hijos de la Frontera, apresuráronse á festejar la llegada del distinguido veterano, complaciéndose en que encontrara á su Estado fuerte y unido, siquiera bajo la ceniza ardiese el descontento, para que en los últimos días de su vida llevara de él una impresión agradable al volverse al apartado lugar de su residencia, y convencerse pudiera de que sus esfuerzos en las luchas patrias, daban ya el fruto tantas veces por él soñado en las tristes épocas de fatiga y de campaña.

Es de oportunidad referir aquí, que D. Bernardo Reyes, en su afán de congraciarse con el Presidente Díaz, muy escasa importancia dió á la presencia en Monterrey del

benemérito Caudillo fronterizo; y así hubo de verse, que en todas ocasiones señalábanse lugares secundarios al vencedor de Querétaro y á sus conspicuos subordinados, haciéndoles aparecer mezclados y confundidos entre personas que, si bien por su posición pecuniaria algo significaban, desde un punto de vista político (que tal carácter tenía la festividad), carecían de toda clase de antecedentes.

Los hijos del Estado, aunque lastimados con justicia por la conducta observada por su Gobernador (procedente del Estado de Jalisco), que de tal suerte menospreciaba legítimas glorias nuevoleonenses, supervivientes de heroicas épocas, se resignaban, sin embargo, á sufrirlo todo, sin expresar protesta alguna. Era preciso que aquélla festividad urbana pasara, sin que una sombra de descontento fué á opacar su brillo. . . .

Como de costumbre para Reyes, lo mismo redactaba y se aprendía de memoria brindis y discursos, que corregía los lemas é inscripciones de arcos y estandartes preparados por las diversas agrupaciones de la ciudad; ó bien ensayaba figuras de minueto á los danzantes del Casino. Se le veía, en vertiginosa carrera, trasladarse del Despacho de Gobierno al Cuartel de la Zona; y de allí, á los talleres de Carpintería, Pintura, Sastrería; y ni siquiera descuidaba presenciar la clavazón de los adornos de las calles. Todo esto, como es inconcuso, con mengua de su representación pública. La seriedad, que con la dignidad va de bracero, debe ser atributo constante de los gobernantes; es lo que los franceses llaman "*l'imprint du metier*, el sello del oficio.

Se anunció al fin la salida de Méjico del General Díaz y demás invitados, en el tren presidencial, llamando desde luego la atención, que no hubiese ido comisión alguna á Méjico para acompañarles durante el viaje, lo cual hubo de tildarse, con fundamento, como la demostración *primera* del descuido, ó ignorancia de las formas sociales y diplomáticas, del inexperto gobernante. Cuando el tren llegó á los límites entre Nuevo León y Coahuila, en la Estación de Reata, tuvieron la singular honra los visitantes, de encontrarse con el Sr. Gobernador, quien les esperaba acom-

pañado de los Grals. Treviño, Naranjo, Garza Ayala y Campillo; con exclusión completa del elemento civil, sobre el que *exclusivamente* gravitarían los gastos y derroches de la fiesta. *Segundo error.*

Cuando el convoy presidencial arribó á Monterrey, anunciado por el estampido de la artillería, la ciudad toda, empavesada y vestida de fiesta, ocultó sus angustias y echó un manto de piadoso, transitorio olvido, sobre los desmanes y crueldades de su gobernante, aprestándose sonriente y de buena voluntad, para ofrecer al distinguido huésped, el hermoso espectáculo de una agrupación social poderosa, encauzada franca, y decisivamente en los carriles del progreso, y satisfecha de sus destinos y del cosechado fruto de sus energías.

El programa de recepción dió principio con la bienvenida en la Estación del Ferrocarril de Monterrey al Golfo; á la que siguió un desfile de agrupaciones y sociedades industriales, que impresionó vivamente al General Díaz y demás acompañantes. Al siguiente día se sirvió un espléndido banquete en el Teatro Juárez, durante el cual un brindis ampuloso é inoportuno de Reyes, llenó de disgusto á la porción más saneada de los comensales y aún á muchos de los más adictos partidarios del orador, pues, en todo él, sólo se ocupaba en adular al héroe de la fiesta, con frases tan abyectas que jamás se habían escuchado en la espartana ciudad fronteriza; y mucho menos pronunciadas por un gobernante que, en ocasión tan solemne, no debió nunca haber perdido de vista, que hablaba en nombre de un Estado libre y soberano, de un pueblo democrático por excelencia, y en presencia de extranjeros que tenían buenas razones para creerse huéspedes de una verdadera República. Fué un brindis pronunciado de rodillas y con la frente en el polvo. Porfirio Díaz, ya de antaño acostumbrado á tales bajezas, contestó prodigando al Gobernador descomunales alabanzas, y terminando su discurso con la estereotipada frase "*así se gobierna,*" que ya antes había sido acuñada por él para significar su agrado y admiración fingida, á otros gobernadores; entre éstos al del Estado de Méjico,

General D. José Vicente Villada, que sí se merecía tal elogio, pues que, militar y á pesar de serlo, ha sabido hacer progresar y gobernar con estricto apego á la justicia, sin descender jamás al crimen oficial, al importante Estado de Méjico.

Cual si hubiesen sufrido un latigazo en el rostro, sonrojáronse los prominentes hijos del Estado allí presentes, que antes habían desempeñado la Primera Magistratura. Hallábanse allí, Escobedo, Treviño, Garza Ayala, Viviano L. Villarreal y otros, que con gran tino y prudencia manejaron la cosa pública, y esto en circunstancias verdaderamente difíciles y de prueba para la Nación. ¡Qué inmenso baño de amor propio para el vanidoso gobernante, el verse exaltado de tal manera por el Supremo Mandatario, sobre tantos hijos del Estado que con acierto y brillo habían regido sus destinos, y que preteridos se veían, nulificados, en solemnidad semejante, ante un advenedizo!

Las fiestas de recepción se complementaron, con un baile, un día de campo, una serenata y un desfile de carros alegóricos.

Al cuarto día, el ilustre huésped fué despedido con los honores militares correspondientes á su categoría, y nadie volvió á ocuparse en este asunto, que más bien se deseaba borrar de la memoria por razón de las humillaciones repetidas que á los nuevoleonenses se hizo sufrir, hasta que una reseña ilustrada de las fiestas se dió á la stampa, escrita por el mismo General Reyes, y en la que se hacía justiciero alarde de los méritos relevantes y prodigalidad fastuosa del egregio gobernador del Estado.

El primer fruto de su elocuencia y munífica cortesía para con el beneficiario de Tecuac, obtúvolo el General Reyes asegurando su cuarta reelección, en 1899; y aquí fué de creerse que pararían las muestras de contentamiento del Gran Elector; pero nada menos que eso: Icaro iba á tender el vuelo desde el reino de Minos. En Enero de 1900, su gloria culmina con un ascenso inesperado: el Gral. Reyes es llamado por el Presidente á desempeñar la Secretaría de la Guerra!

¡ Ah, General, el Prometeo de Hesiodo, (*Trabajos y Dias*, V. 88) recomienda á Epimetra que "se guarde de aceptar los dones generosos de Júpiter!"



CAPITULO X.

El Progreso de Monterrey.—Su Situación Geográfica y Ventajas Naturales.—Diversas Epocas de Progreso.—Las Revoluciones y el Contrabando.—Los Ferrocarriles.—Medidas Hacendarias.—Reacción Favorable.—Reyes en Nuevo León.—Lo que le Deben las Industrias y el Progreso Material.—Julio A. Randle y J. A. Robertson.—Progreso Minero.—Lo que queda.

"Sentía alas," la poética bailarina de Tanagra, en la "Orgía Latina." Indudablemente Heliogábalo hablaba con sinceridad, cuando, tras de una copulación sacrílega, creyéndose hijo del Sol, prometía á los romanos consternados "una generación de dioses para gobernarles." Fácil es obtener un convencimiento genuino, de buena fe, de los absurdos más grandes, cuando estos halagan nuestra vanidad y exaltan nuestras pasiones. Nosotros creemos que el Gral. Reyes, diciéndose, y escuchando que á cada momento se lo llamaran sus aduladores, autor único del progreso de Monterrey, lo hace en virtud de un convencimiento real, que forma parte de esa su "segunda naturaleza," que en embrión traemos todos los hombres al combate de la vida. Y añadamos: todas las supersticiones son respetables: por éllas, con frecuencia, se camina á la felicidad; y matarlas, muchas veces, es matar la esperanza. Así es que en este punto, vamos á concretarnos á una narración simple y á observaciones generales: Reyes puede seguirse creyendo autor del "Cerro de